

maduro ha seguido mil falacias y sido desengañado después. El violinista es un virtuoso porque ha practicado durante mucho tiempo, y la práctica significa la corrección de un sin fin de errores y de movimientos falsos. Aun el santo debe su tranquilidad a sus golpes. Toda su paciencia y resignación, su fe inquebrantable y su firme pureza son el fruto maduro de muchas caídas y de muchas dudas y de muchas pasiones. En todo su ascenso hasta el pináculo del carácter ha combatido los animales feroces. Y si nunca ha tenido debilidades que vencer, errores que lamentar, o faltas de qué arrepentirse, no es un santo sino un imbécil.

No consideres esto, sin embargo como un ensayo sofístico encaminado a probar que lo malo es bueno, que el pecado no es tan malo, después de todo, y que lo negro es blanco, si se cree así. Los colores del espectro moral son siempre fijos y ciertos y los puritanos obraron cuerdamente al insistir en la excesiva perversidad del pecado. El mal es el mal y debe ser eternamente combatido y odiado; el bien es el bien y digno de que se viva y de que se muera por él.

Pero nuestra conclusión es que de todos nuestros fracasos y de todas nuestras imperfecciones procede la deseada flor de la vida: el Carácter. El buen éxito brota de los fracasos como brota la azucena del feo bulbo. Así como de la ciénega procede el loto; del mantillo en putrefacción, el grano; del trigo molido, la harina y el pan; y de la rosa comprimida, la esencia; así de la desilusión procede la fe profunda; del corazón despedazado la más dulce simpatía; y del discípulo que negó al Señor con maldiciones, aquél que llegó a ser la cabeza de la Iglesia. El secreto de la salud no es evadir el contagio; es nuestra fuerza vital. El cuerpo sano y fuerte es antiséptico. Todas las bocas contienen gérmenes de enfermedad; aún la leche y la mantequilla más puras contienen millares de bacterias peligrosas. Las flechas de la muerte llueven sin cesar sobre el robusto, pero se estrellan contra su armadura de salud. Mientras que a aquel cuya vitalidad es baja, cuyos poderes de resistencia han disminuido, los males más triviales pueden matarlo.

Así, pues, hay que continuar viviendo. Has cometido errores; olvídalos. El verdadero arrepentimiento no consiste en las lamentaciones, sino en el mejor proceder. La seguridad no se halla en el cuidado meticuloso, sino en el *sans souci* del valor. El buen éxito es comparable al equilibrio cuando se anda en bicicleta; todo va bien mientras se está en movimiento, pero si trata un ode mantenerse en reposo, caerá al suelo.

El hecho de que se aprende por la experiencia es proverbial, pero ¿qué es la experiencia sino la suma de nuestros errores? Los errores son los lazos humanos que nos ligan. De nuestros errores y de nuestra conciencia de ellos, nacen nuestras más queridas relaciones. Dándose cuenta de su ignorancia y de su falibilidad, los seres humanos se unen estrechamente, se aman, se lamentan juntos y se portan con lealtad.

El amor no consiste en excelencias y perfecciones sino en defectos; las mujeres más amadas no han sido las de belleza de muñeca. Las imperfecciones de su amante son un reto apasionado para el corazón de la mujer. La madre ama al niño jorobado, o ciego, o inválido, con una intensidad que el hijo sano y vigoroso no puede despertar. La hiedra se adhiere a las grietas del muro.

Y, ¿qué otra significación puede darse a las parábolas del Hijo Pródigo y de la Oveja Descarriada sino la de que el corazón del Eterno, al meditar sobre su creación, se regocija con la acabada perfección de sus obras inanimadas como las estrellas y las rosas, los diamantes y los Himalayas, y siente especial cariño por su humanidad, por sus hijos falibles, defectuosos y torpes?

Esta es, en sustancia, mi opinión sobre el asunto:

1.—Si la meta de nuestra existencia es la perfección, su condición es el crecimiento. Dios nos hizo susceptibles de mejora, no perfectos.

2.—El cometer errores es un incidente del crecimiento.

El agua

SOBRE la cadera opulenta, redonda y cimbreante llevaba un cántaro rojo que ceñía con el antebrazo; daba la mano al hermanito pequeñín y ambos iban por un sendero caprichoso abierto en los pastos a lo largo del prado. Momentos antes de descender por la senda de cabras en cuyo término había un manantial, la joven aldeana de ojos azules inició una canción de un ritornelo en que entraban en ritmo las estrellas y el amor. Bajó hasta la sima y buscó extrañada en todos sentidos. El manantial, por quién sabe qué fenómeno, había desaparecido y sólo quedaba el cauce vacío. En presencia del extraño acontecimiento, la joven suspendió el canto. Ascendieron en silencio por la misma senda y al ganar la altura, el viento aleteó en el borde de la cántara de arcilla del interior de la cual salió un lamento hondo y desesperante. ¡Oh, el agua!

RUBÉN COTO

3.—En consecuencia, la esperanza de alcanzar la perfección está basada en nuestra habilidad para aprovechar nuestros errores y, en vez de descorazonarnos, los errores deben darnos aliento, pues forman parte de nuestro equipo. Cuando era niño me quejaba yo de ciertos dolores; mi abuela me decía que eran sólo dolores del crecimiento. Atribuía, además, esta causa a defectos morales. Decía de mi primo, por ejemplo, cuando todos creíamos que él obraba mal,—yo sé que no está bien, deben ustedes excusar a un muchacho que se está desarrollando tan de prisa.—

He llegado a la conclusión de que el remedio de mi abuela, la madurez, es la cura para muchas cosas. Esta verdad puede extenderse a todo en general. Mucho de lo que se llama pecado, tanto en el individuo como en la sociedad, es simplemente «dolor del crecimiento».

Este mundo no está aún acabado. En muchos respectos, nuestro siglo es como un muchacho crecido y zahareño que no sabe cómo cruzar las piernas ni dónde meter las manos; o como la niña a la edad en que es un poquito demasiado grande para usar vestidos cortos y no lo suficiente para usarlos largos.

Si no nos mostramos impacientes y esperamos unos mil años, nuestra bizonia civilización presentará un aspecto diferente.

Cuando los andamios rodean todo el edificios y los carpinteros y los estuquistas están ensuciando el piso continuamente, no puedes formarte una idea de lo bonita que se verá la casa después de concluida. El morder una pera verde no te da la menor idea de cómo sabrá cuando madure.

Los pesimistas son los que continuamente prueban la fruta verde del árbol de la vida. Con razón lo maldicen.

No se puede comprender el universo hasta que se le concibe como desarrollo, como crecimiento. ¿Por qué esta larga evolución? ¿Por qué hizo la naturaleza a los pterodáctilos, a los ictiosaurios, a los didos y a otras especies extinguidas, para descartarlos luego? Y ¿por qué los habitantes de las cavernas, y los antiguos egipcios, ninivitas, hititas, jebusitas y cananeos mencionados en la historia judía; y Alejandro y sus huestes, y las civilizaciones griega y romana extinguidas años ha, y el esplendor de España en los días de Felipe, y los aztecas y los incas, y toda la pompa del pasado misterioso? ¿Qué significa todo, sino que el Poder Creador que ha hecho al mundo no produce la perfección inmediatamente sino mediante interminables experimentos y mejoras; que El «practicó» millones de años antes